

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 8 DE SEPTIEMBRE DE 1895

Num 20

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Víctor Jerez

Co-REDACTORES:

J. Antonio Solórzano Isaías Gamboa

ADMINISTRADOR:

Gustavo M. Medina.

El Figaro se distribuirá todos los lunes por la tarde. Las personas que no lo reciban por algún descuido de los repartidores, se servirán darle aviso al señor Administrador, en la oficina de la Dirección de la Imprenta Nacional, 10ª avenida Sur, N° 84—Teléfono N° 27.

Para el próximo número: *A través de un alma*, estudio por Arturo A. Ambrogi.

Para el siguiente: *Puerco*, por Rudyard Kipling, versión especial para este periódico por Salvador J. Carazo.

Página de album

A TERESA COBOS

La libélula—Ensueño, quema en la lumbre de tus ojos sus alas frágiles.

AMBROGI

Al mirar esos ojos seductores,
Brotó el perfume de las frescas flores

VÍCTOR JEREZ

Habrán de darte enojos
Los que quieren cantar sólo tus ojos.
Pudiera yo, no sólo cantar
Esas pupilas émulas del día.
Mis canciones, Teresa,
Dirían que belleza es tu belleza,
Siendo así que en ti todo,
Cual tus ojos, es bello de igual modo.

ISAÍAS GAMBOA.

Crónica de la semana

Pasó! . . . Y nada de nuevo deja!

Paso ante mi como pasa
Un silfo, un hada, algo leve

que dice Vicente Acosta. Así. Pero la aburrida semana que ha terminado hoy, no fué ni hada, ni silfo, ni *algo leve*; fueron siete días horribles, de lluvia, de sol, de hastío, de . . . aperitivos; siete días en que nada de novedad ocurrió, nada digno de ser escrito y publicado. Una página en blanco y un lápiz, rota la punta, abandonados, sobre una mesa desordenada, llena de un ejército de diarios y revistas, capitaneado por Monseñor el Diccionario de la Real, y sentado cabe á ella, un hombre que se desespera, que busca la nota para sus crónicas, y esta se le escapa, como una mariposa. . . . He aquí la perspectiva, halagadora para el escritor holgazán. Luego: el cajista, en mangas de camisa, con las pinzas sobre la oreja izquierda, que reclama material. ¡Oh, Dios! ¡Qué vida! ¡Qué vida ésta!

Fumo un cigarrillo, sentado junto á la mesilla de mármol de un café, frente á mi vaso de *absinthe* y observó, á través del humo, á los parroquianos que, como yo, diseminados por todo el salón, paladean su aperitivo.

La vida de café, es vida amable. . . . Allí, entre el barullo, entre el humo, se pasa el rato deliciosamente y el espíritu se expande. Un cigarrillo, un *bock* y unos amigos con quienes charlar. Al derredor de la mesilla se hace corro: se comenta todo, todo pasa por esa mesilla, rozando ese mármol lleno de ceniza y salpicado de licor. Al medio día, antes del almuerzo. Luego, en la tarde, á la hora verde, después de la tarea fastidiosa de la oficina, después de la labor en el periódico. Allí va el banquero, el negociante, el periodista, el despreocupado.—Mozo! Un *absinthe*, un biter, un whiskey! Y se suelta la charla y cosquillea la sátira y brinca el epigrama, que moja su ala breve en la honda pérfida del licor. La gloria gris de los cigarrillos, inunda el ambiente escaso. Las mesillas están todas ocupadas. Cruzan prestos los mozos con bandejas llenas de co-

pas. El ronroneo fastidioso de las conversaciones, el choque de los cristales, una risa que estalla. . . . Es la hora! Luego, después, el salón queda desierto, las mesas vacías, y el suelo lleno de colillas de cigarro y en el ambiente, la ráfaga de la última frase, de la última carcajada.

La Zarzuela, alza su tirso de violetas y sueña sus cascabeles, triunfalmente, en el Nacional. La muchacha, pispireta y jovial, ríe, bajo la luz de las baterías, y sus miradas, tienen suavidades de terciopelo y fulguraciones de estrella. Llega, la coquetuela, del campo y trae el delantal azul lleno de rosas, rebosantes de mirthos y violas. Bajo la cofia blanca, se amontona la madeja rubia de la cabellera, que brilla, como rayo de sol sobre lampo de nieve. El ojo azul, "baila tango", y los labios rojos, que de húmedos y provocativos semejan una guinda, son nido de sonrisas celestiales y de risas argentinas. Bajo el corpiño lleno de encajes vaporosos, se eleva, tímidamente, la redondez casta y fugitiva del seno intacto. Ha nacido, bajo el entoldado espeso de una parra de olorosas madreselvas, bajo un cielo azul, á la hora del alba; rosado, con palidez de perla, á la hora del crepúsculo. Andalucía, arrulló á la chica en su cuna de mimbres y mojó su lengua, torpe aún, en el vino de luz de la alegría. Botó, como ofrenda preciada, á sus pies, su lluvia de azahares menudos el naranjo y enarcaron sus ramas, para formarle palio, los frondosos almendros y los limoneros, cargados de frutos; le dio á su aliento, perfumes el clavel estallante y la verbena revolucionaria y en su voz, cristalina, armoniosa, hay ritmos de rui-señor, arrullos de paloma. Creció, libre y feliz, en el campo, cortando flores, cantando y riendo. Mojó su pie descalzo en la linfa de cristal de los arroyos murmuradores, durmió la siesta á la sombra protectora de los árboles; empapó de rocío, en las mañanas primaverales, su cabellera desmadejada; mordió, con sus dientes finos, como perlas, la corola de la flores y las uvas idrópicas de miel. . . . Luego, al romper de una primavera, el hada adolescente, se transformó en Musa. Se coronó de rosas, se vistió de colorines, y se fué de ciudad en ciudad, alzando su tirso de violetas, lleno de cascabeles de plata, siempre con los labios llenos de sonrisas: en los ojos gachones, la mirada incendiaria; en las mejillas frescas, el color satinado y rosa de la camelia; en la frente, la blancura de lis; oro vivo en los cabellos. Fue de tablado en tablado, cantando libremente, sonando sus dedos las castañuelas, mojando sus labios en el vino, que es sol embotellado. La Manzaniella risueña, mojó sus *cantés*, como moja la lluvia el plumaje de un pájaro desamparado. Punteó la guitarra, y al bordoneo vibrante, su alma se abrió á un mundo de ensueños. La copla, soltó sus lazos de seda y mostró una linda pierna. Brincó nerviosa, jovial, al aire el cuello desnudo, donde la Harmonía prendió sus collares de ritmos. Desplegó su blanca bandera de seda lustrosa y nueva, y ante sus ojos, el alto tacón

de la zapatica remonona marcó los compases de un *aire*, en plena juega, bajo el cielo riente, junto á la parra frondosa, entre risas y gritos de placer, ojos negros y labios rojos. Tuvo en el chulo pendenciero, un adorador y en la manola, de mantilla alba y enagua rabona, una amiga. Y tuvo adoradores y fue desechada. Terció á su cintura el mantón de Manila, bordado de flores y de flecos largos, el "¡olé, salero!" fue el saludo, su himno de triunfo, su marcha real. Por donde ella pasa, va dejando el placer, como una estela. Donde ella pisa, brotan flores y el aire se llena de luz, y ríe todo y todo canta. ¡Salve, á ella, que abre el cofre de nuestra alegría y da vuelta al manubrio de la caja de música de nuestra risa! ¡Salve, á ella que es reina, donde hay una alma abierta al placer, un buen vaso de Manzaniella, una guitarra y una mujer bonita! ¡Bien haya la que viene á librarnos del tedio que nos abruma y á proporcionarnos noches de placer!

¡Al Nacional, amigos!

La hermana de París: la opereta; no se corona de rosas, ni puntea la guitarra, ni bebe Manzaniella. La Opereta de París, es la *gricette* despavilada que siente la envidiable y envidiada "dicha de vivir", que derrocha su vida en frivolidades, que bebe champagne de cidra y baila al son del organillo berberisco ó al gemir y al carcajearse de los violines destemplados y las violas asmáticas. La de España, es la muchacha sana, que ríe, como un pájaro canta, como una flor perfuma, como teje ronda vistosa en la pradera la mariposa de colores. La de París es la neurótica viciosa y antojadiza, la que busca amantes en los figones, la que ya, vestida de mendiga, engaña al transeunte; ya vestida de reina, de coqueto sombrero y guantes de piel, cara empolvada y labios pintados, pregona la canción del placer, al recogerse la falda que descubre una pierna deliciosa, cubierta de media color de carne morena, calzada irreprochablemente con zapaticas de cuero de Rusia. Ave viajera del *boulevard* ruidoso, busca alero donde hacer su nido. Busca el ruido, ama á la gente del bronce tanto como á la burguesía del oro. De todos es y por todos los lechos ha pasado. Sus labios se han mojado en todos los vasos y sus brazos han enlazado estrechamente todos los cuellos. ¡Griceta amable y jovial! Su risa estalla en cascada bullente, en tropel argentino. Ríe ante el dolor; ríe ante el placer. Su labio nunca lo pliega el mohín del tedio, nunca empaña esa humedad la sombra del *spleen*. No deshoja rosas, meláncolica y triste, como Ofelia; deshoja, por pura *rizzarrie*, ramilletes de flores de ensueño, de pasión, que á sus pies dejan sus adoradores. Es cruel y cada diez días despide á un amante, porque ya su beso no es sonoro, ni su caricia fuerte y bestial. Es la eterna voluptuosa, que se revuelca, lasciva, en el lecho blanco, sobre los encajes inmaculados y las blondas espumosas. Ama á Offembach, que fue su primer amante y recuerda, como al golpe de la batuta maravillosa, bailó su *can can* enardecedor y loco.

Canta como un ruiseñor, y es travieza como un gorrión. Ama el lujo, el boato. Ve, el labio del amante que espera el beso, á través de una leve copa rebosante de Veuve-Clicout. Es rubia y se tiñe las mejillas. Al revés de la del otro lado de los Alpes que va de tablado en tablado, al aire libre, cantando y bailando, ella busca el teatrúcho, un rincón de los boulevares, y canta *couplets* y baila *can-cans* á la luz del gas, frente al grupo de despreocupados que sorben su copa de licor ó su bock de cerveza. No tiene su grito de triunfo. Para la española el "¡olé!", y á él responden los gritos, las palmadas entusiastas, el delirio de los espectadores. La francesa es una muñeca de movimiento. Baila, como burbujea la espuma del champagne; como hierve, en el fondo del vaso, el Barbérea legítimo. Por sus venas, corre sangre de fuego. Late con fuerza el corazón y en el ojo azul y lánguido, chispea lasciva la llama del deseo; su seno se hincha en un espasmo de voluptuosidad y en el labio sensual se despliega una sonrisa prometedora.

¡Salve á ella, diosa de París, linda y harmónica, que tiene por cetro el tirso de oro y por manto la capa de armiño! ¡Bien haya la que revuelve el alma, hace bullir la sangre en las venas y emborracha los cerebros ardientes!

* * *

El actor señor don Francisco López, presentará al Ministerio de Fomento una propuesta para traer á esta capital, en el mes de Diciembre, la Compañía Dramática Española, que trabaja en el Teatro de San José de Costa-Rica y que dirige el afamado actor Leopoldo Burón.

El señor López está en correspondencia, para el efecto, con Burón. La Compañía es de lo mejor que ha llegado á Centro-América y su personal es completo.

Ojalá el Ministerio apoye al amigo López. ¡Hasta que al fin vendrá Burón!

* * *

Y ya que de opereta hablamos, quiero cerrar esta revista, con una nota negra: un asfodelo, que olvidado, forma en el conjunto de una guirnalda de rosas.

Suppé, el chispeante autor de *Bocaccio* y *Pique Dame*, acaba de morir en Viena (Austria), después de una penosa y prolongada enfermedad. Su muerte ha causado honda impresión, profunda tristeza en la "ciudad imperial", donde el maestro era querido y admirado. La Corte ha llevado luto y el pueblo ha llorado al ver desfilar el cortejo fúnebre, camino del cementerio.

Herr Suppé... Yo le admiraba. Me deleitaba escuchado las notas deliciosas de *Pique Dame* y *Fatiniza*. ¿Quién no conoce *Bocaccio*, esa opereta, en que la nota es carcajada, en que el ritmo taconeá alegremente y brinca, traviezo y jovial? *Poeta y Aldeano* es un dechado de bellezas.

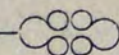
Su música es nerviosa, alegre, incisiva. Sus *vaudevilles*, y oberturas son una explosión de ale-

gría franca. Emborracha la música, como podría hacerlo un vino maligno; cosquillea la risa en los labios, se siente un calofrío que corre por todo el cuerpo y dan ganas de bailar, de gritar. El maestro austriaco, comprendió el espíritu francés y sus obras son especialmente parisienses. Su mano delicada, supo prender rosas y enredar volúbilis á los alambres de oro del pentagrama.

Fué Franz Von Suppé uno de los compositores más fecundos y laboriosos de este siglo. Sus obras ascienden á un número extraordinario. Operetas, según un diario presente, escribió doscientas, á cuales mejores.

La popularidad del maestro es enorme. Su vida fue una prolongada cadena de triunfos. París saludó cariñosamente al que en *Bocaccio*, y *Pique Dame* supo poner el espíritu y la gracia francesa que hierve y burbujea como la espuma del champagne; y que estalla, en luz, como un cohete de bengalas.

CONDE PAÚL



Matinal

A Arturo A. Ambrogí.

Juega la brisa en el follaje umbrío,
Dulce gorjeo la avecilla entona,
El corzo alegre por la grama trisca
Como buscando la tupida fronda.

Se oyen chasquidos de excitantes besos
Que da Favonio á las dormidas hojas,
Y las despierta con su acento dulce,
Como suspiro arrullador de tórtolas.

Allá en el valle el arroyuelo pasa,
Sierpe de plata en la dormida sombra,
Y sus murmullos solitarios se oyen
Como lejanas gemebundas notas.

Brilla en la cima del adusto monte
La tibia lumbre de la inmensa antorcha
Que baña austera con sus linfas de oro
Valles, verjeles y verdinas lomas.

En el zafíreo y luminoso espacio
Breves deslizan sus divinas formas
Límpidas brumas. Su perfume escancian
En el ambiente las silvestres rosas.

Tenues, sutiles, por el aire vagan
Suaves efluvios de embriagante aroma,
Y melodías que en sus alas llevan
Miles de trinos que el amor pregonan.

¡Que de belleza en el matiz que brilla!
La grana luce entre las verdes hojas,
Muchos de cielo en los sutiles pétalos,
Algo de rubia palidez de aurora.

JEREMÍAS MARTÍNEZ

El último wals

A Vicente Acosta.

Suena el último wals.....

Las luces de oro, somnolientas, parpadean temblorosas, ríen, inciertas y perezosas, en las lunas espléndidas de los grandes espejos, en los marcos biselados de los valiosos cuadros, en las joyas de las mujeres y en las pecheras deslumbrantes y albas de los caballeros. Las flores agonizan de bochorno en sus búcaros, doblan la corola y, exhalando aroma débil, se quedan dormidas.... Es muy tarde ya.... El reloj ha dado ya las tres y media de la madrugada.... El sueño empaña ya la mirada de los ojos de las muchachas. Hay bostezos, disimulados tras el calado de nácar de un abanico de plumas.... Suenan las notas del wals último y sobre la rusia deslumbrante, un enjambre de parejas se desliza suavemente.... Ríen los diamantes regios en los corpiños abullonados.... Las flores de género, se creen verdaderas, sobre los hombros de las seductoras, espiando por entre los encajes y blondas del escote la blancura de hostia, el sonrosado de clavellina, el ópalo ténue y vagaroso, la lista azul y palpitante de las venas, el botón rojo y húmedo de los senos de alabastro.

Suena el último wals.....

En un rincón de la sala, penumbroso, al brillo temblante de una bujía que ya está en sus postreros estertores de muerte, una pareja conversa y ríe. Él, con el abanico de ella en la mano, se golpea la rodilla, sonriente, mientras ella, con los ojos fijos en la rusia, entreabiertos los labios como para decir "¡te amo!", dobla y estruja una cartulina color salmón de un programa de bailables.... Cruzan, frente á ellos, en cadena de ritmos y risas, las parejas, enloquecidas de goce, ebrias del vino alegre.... Se oyen palabras entrecortadas.... Rumores de sedas al rosarse.... *Frú frú* de caudas regias.... Ruido de abanicos que se cierran y se abren.....

Mientras tanto, el wals gime una historia de amor.... Sus notas vuelan, revuelan, y se siente el rumor de las alas que se esponjan.... Es ya lluvia de rocío que empapa una rosa linda.... Un rayo de sol, que tornasola el plumaje de un pájaro, que en una florida rama de naranjo, desgrana las notas bullentes de su flauta de oro.... Un gemido de muchacha virgen que se hiere los dedos con las espinas, al querer cortar los mirthos rojos y menudos de una maceta copulante y primaveral.... La armonía de un beso que estalla.... La nota vagarosa de un suspiro.... Suena el wals.... Es la ilusión que canta.... Las esperanzas que vuelan en parvada pintorezca, á anidar en el alero blanco de nuestra alma.... Las tristezas que vienen.... Palomas blancas que se van y que dejan el tibio nido abandonado.... El Invierno, con sus lluvias y sus tristezas, sus brumas y sus canciones.... La explosión de vida de una nueva primavera.... Las primeras rosas.... Las dianas de las lilas.... La alborada de los azahares.... La turba de gorriones que revuelan,

sobre las manchas de violetas.... Las golondrinas que hacen algárada en los limoneros hojosos.. El rumor de un "¡te amo!", dicho con voz temblorosa, bajo el toldo espeso de una enredadera frondosa, constelada de blancos jazmines, campanulas de nieve que repican.....

Todo un poema.... Y el wals suena, á lo lejos, entre un bosque artificial, y las parejas danzan y ríen.....

De pronto, el wals termina en una cascada bullente de ritmos, en una agonía lenta de notas pálidas, que se desgranán como un collar de cuentas. El baile ha concluido. Los concurrentes se van, poco á poco. El desfile es imponente. En la calle, frente al portón, entre la niebla espesa y el tinte vagaroso del amanecer, los coches esperan, en larga fila, la salida de los amos.... Reina el silencio. Parpadean las llamas de los faroles públicos, queriendo apagarse, mientras en el cielo el alba, incierta, comienza á teñir de rosa y luz el oriente. Cruza un trasnochador, casi tambaleándose, con el sombrero abollado y el saco lleno de polvo, mientras el gendarme en la esquina próxima, se despereza en el hueco de una puerta. Los carruajes ruedan pesadamente; el golpe de los cascos sobre las piedras suena con estrépito en el silencio.... Después.... Todo queda como antes. El silencio reina en la calle, llena de niebla.

El salón queda desierto. Las luces casi se han apagado ellas solas, sumiéndolo todo en una penumbra incierta. Vagan olores de flores mustias. Huele á mujer. Sobre la rusia deslumbrante, queda la huella leve de los brodequines diminutos.... Sobre una silla, abandonado en la seda ocre, ha quedado un abanico entreabierto, que muestra entre la albura de las plumas, un ideal paisaje de color rosa.... ¿Quién será la dueña?.... Y en otro extremo, junto á un ramito de flores, caído al suelo, en un confidente, un programa ajado y un pañuelito de seda, estrujado, oloroso á heliotropo y á labios de mujer.....

ARTURO A. AMBROGI.

A una artista

Ya trinos de senzontles que cantan á la aurora,
ya arpegios armoniosos de dúlcido turpial,
ya cuitas lastimeras de tórtola que llora
ó ya tiernos suspiros de un pecho virginal:

Murmurios de las ondas de cristalino río,
que, amado de las flores, suspira sin cesar,
susurros de las brisas en el bosque umbrío,
gemidos de las olas azules de la mar.

Todo eso, niña, imita tu sonoro piano,
al sentir las caricias de tu sedeña mano....
y brota de armonías dulcísimo raudal.

Entonces llega al alma purísima fragancia
en alas de las notas que vuelan por la estancia
como aves invisibles de un sueño matinal.

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

Ana Rita Trujillo

(En New-York.)

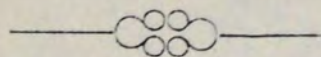
Estaba el cielo gris, y descendía silenciosa la nieve. El viento alado, al rozar la vidriera, atribulado en lágrimas el hielo deshacía.

En la brillante estufa el fuego ardía como en magno incensario. Aunque velado, se sentía allí á Dios en el callado hogar en que la virgen se moría.

Ese hogar era templo. Altar de flores el lecho fue de la cubana muerta; oficiaron en él santos amores,

y el paterno dolor halló consuelo, pues vió que á los proscritos está abierta siempre la entrada de una patria, el cielo!

ROMÁN MAYORGA RIVAS.



Primavera

¡ Ya la siento venir! ... ya el aire llena
Dulce efluvio de nardos y de rosas;
Ya de áureas mariposas
Se va poblando la región serena;
Ya un tibio y puro ambiente
Cargado de fulgores y murmullos,
Va derramando, ardiente,
Por valles y collados,
Fecundidad de vida
En los ramos cuajados
De recientes capullos!
Ya la siento venir, bella y preudida
Con las de amor deslumbradoras galas;
La siento en el espacio
Que vibra y se estremece
Al trasponer sus rumorosas alas
Aquel donde se mece
Áureo dintel de celestial palacio.

¡ Ya la siento venir! ¡ Ya los umbrales
Pisa del globo enamorado! ¡ Es ella,
Es ella, sí, la primavera bella,
La novia suspirada
Que envían las regiones celestiales
Al amante planeta; alborozada,
La tierra se prepara con sus flores
A recibirla, el ave con sus cantos,
La luz con sus fulgores,
Y el pecho sin quebrantos
Con la pura oblación de los amores.

J. A. PÉREZ BONALDE.

Crespones

¡ Clotilde Navarro! ¡ Cómo no sentirla, cómo no llorarla, cómo no deplorar el súbito desaparecimiento de aquel rico botón apenas entreabierto á las caricias de una ternura sin límites y á las misteriosas revelaciones de un mundo superior, despojado de sombras, poblado de supremas armonías, bello como su alma pura, inundado de luz radiosa y extraña como su pensamiento, immaculado como su espíritu?

En el temprano y alegre despertar de aquella alma casta y delicada, había mucho del arrullo de la tórtola y de las pósticas timideces de la aurora, algo de ese reflejo suave, indeciso y melancólico del crepúsculo, algo de los irradiaciones de un paraíso no soñado, cuyos paisajes espléndidos comienzan á esbozarse aquí en la tierra y cuyo centro está en Dios, en Dios, único foco de donde pudo haber emanado aquella antorcha purísima, ayer no más encanto de este mundo.

¿ Quién no ansiaba respirar el aroma delicado que exhalaba su alma pura? ¿ Cómo no desear el recreo del espíritu en la contemplación de aquel ángel que en las horas de solaz para sus amigas parecía agitar sus alas temblorosas y en armonioso ritmo ascender por la escala luminosa á los mundos bellísimos del arte?

Pero élla se ha ido para siempre, y en ese viaje final y eterno llevóse su rica urna repleta de joyas preciadísimas: su cariño, su ternura, su talento, sus dotes de artista, todo, todo, para ofrecerlo á los ángeles sus hermanos que hace tiempo desde el cielo la llamaban, porque élla, la virgen pálida, estaba no más, de paso en este mundo.

Y el hogar, cuyo encanto élla fuera, ha quedado lóbrego y vacío, un silencio fúnebre reina en los aposentos en que parece vagar su sombra misteriosa y en donde todo parece que solloza y gime! El piano, su instrumento favorito, su amoroso confidente en las dulces expansiones de su alma, está allí inmóvil, mudas sus teclas, sintiendo quizá la nostalgia de la virgen muerta, de aquella que en días más venturosos lo hiciera modular verdaderos poemas de ternura, ricas melodías que hacían pensar en cosas ideales y en cuyas sonoras vibraciones parecía sollozar el alma errabunda y pensativa del inmortal Weber, mientras élla, el "Ángel-Artista", estaba allí como trasfigurada, idealizada, resplandeciendo en su frente un nimbo de luz, echando á volar su alma melancólica y soñadora por las regiones espléndidas del Arte.

Cuando un botón se marchita al comenzar á entreabrir su fino broche para esparcir su perfume delicado en el ambiente purísimo, los pájaros de la selva enmudecen, ya no dan al viento sus trinos frescos y alegres; el arpa inmensa de la naturaleza que modula cantos inmortales, calla también, y la brisa matinal se detiene pesada y conmovida á contemplar aquella desaparición misteriosa.

Así Clotilde, tierna sensitiva, púdica violeta,

ha dejado á su muerte hondo silencio y luto en todos los corazones que tuvieron la dicha de comprenderla y amarla. Al extinguirse la luz de su mirada pareció que en el mundo no había luz, y al apagarse la última palpitación de aquel ritmo de vida, como que el mundo de la armonía había muerto para siempre.

Y es que no fué una mujer, fué un ángel, ángel inspirador de grandes ternezas que caían en el alma como rocío del cielo, mitigando acerbos dolores, haciendo amar la vida é inspirando nobles entusiasmos aún en los corazones extraviados por la negra duda.

Fuente de inapreciables bellezas, allí iba el alma dolorida, fatigada por el cansancio, llena de súbitos desfallecimientos, á purificarse, á regenerarse, á tomar aliento para seguir, serena, el escabroso camino de la vida.

¡Y pensar que élla ya no existe, que ya se ha ido para siempre, y que ya no volveremos á escuchar su voz, arrullo de torcaza!

¡Qué de recuerdos brotan en la mente, cómo acuden á la obscura fantasía aquellas poéticas visiones de otros días en que parecía penetrar en nuestra alma un rayo de luz del paraíso, porque el paraíso era élla, la virgen ideal, la artista soñadora!

Y ahora todo es luto, todo sombras, lobre-guez y duelo.

A los cuadros pintorescos, luminosos, llenos de animación y de vida en que élla era la nota predominante, centro radioso á donde convergían ansiosas todas las miradas, ha sucedido un cuadro de amarga desolación que arranca gritos y lágrimas.

La virgen pálida, el albo lirio, ya no nos regala con sus aromas embriagadores. Su espíritu, himno jocundo cantado á la belleza, ya no nos encanta con sus seducciones, el arpa delicada que élla pulsara ha caído rota y ya no vibran sus notas en nuestros oídos con aquel rumor como de besos que brotaran de labios invisibles.

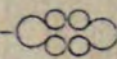
El cielo tiene también sus egoísmos. Vió un día levantarse sobre este páramo desierto aquella flor solitaria cargada de riquísimos perfumes, dióle envidia de que la tierra la ostentara y desató el ábrego inclemente que tronchó su tallo delicado. Y Clotilde se fué, se fué para siempre, al país de los querubines, causando, al emprender el vuelo, uno como estremecimiento de alas ténues y fugitivas, acompañada de armonías suaves y extrañas. Su albo velo de novia desposada con la muerte, que al imprimirle su beso glacial quitóle la vida, fué tegido por los ángeles, y su corona de blancos azahares eran lágrimas condensadas de la aurora, que también lloraba su partida.

Queden en nuestros corazones los recuerdos, los sagrados recuerdos, como en urna de oro que guarda el tesoro de un cariño profundo, de la que fue bella y buena, para que nos sirva de consuelo en nuestros días brumosos, preñados de dolores y de dudas. Y cuando en mitad del camino doblemos la rodilla, fatigados, desfallecientes, presa de mortal desaliento, evocaremos su espíritu noble y puro para que infunda un soplo de es-

peranza en nuestro corazón, mientras llega también para nosotros la hora de ese espantoso desfile en el que formaremos para pasar por la sombría puerta de la tumba al mundo de las sombras.

SANTIAGO CHÁVEZ

Septiembre.—1895



Pétalo suelto

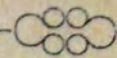
(INÉDITA.)

Gozosas y ufanas, ornadas de espuma,
Las olas azules sonoras avanzan;
Les niega la playa su lecho de boda,
Y al centro infinito se vuelven airadas.

Triunfantes mis rimas, henchidas de gloria,
Sonando amorosas, se llegan á tu alma;
Mas tú las repeles, y entonces mis rimas,
Temblando, á mi pecho retornan calladas.

R. MAYORGA RIVAS.

1889



Paseme la cuenta

Profundas es mi simpatía por las mulas, no obstante las mil y una cualidades que en ellas descubren sus admiradores.

No sé si la repulsión, en cierto modo instintiva, que me inspiran esos híbridos endemoniados llegó á oídos de un amigo y, cediendo al irresistible deseo de hacerme rabiarse, quiso, con la misma piedra—vamos al decir,—á la vez que satisfacer su nativa malignidad, deshacerse de un semejante de conservación onerosa; pero es lo cierto que en día señalado por mí, en el calendario, con tinta roja, se presentó un jayán en casa, conduciendo del diestro una alimaña de buena alzada, la cual, con los cumplimientos de uso, extendidos en elegante cursiva inglesa, en papel vitela, me era obsequiada por F. de T.

Mi primer impulso ante aquella catástrofe que, sin decir agua va, se me entraba por la puerta, fue el de ahorcar al emisario y emprenderla á tiros con el donante de aquella: el segundo me impelió á dar muerte á la fiera por medio de un tósigo cualquiera, como la zarzaparrilla de B. . . . el Jarabe de Vida de R. . . . Píldoras azucaradas de B. . . . el Jarabe de Vida de S. . . . etc. sic &; pero pensándolo despacio, impuse silencio á la voz de mis pasiones y resolví cargar con el muer. . . . digo, con la mula, y sus inevitables consecuencias.

Las consecuencias de una mula dirá un purista adocenado, por ahí. Hombre, si! El producto de un asno multiplicado por una yegua se

revuelve en un saco de resabios en forma de cuadrúpedo, en una recopilación de mordiscos, en un estuche de coces—y entre resabios variados, mordiscos surtidos y coces *ad-libitum*, ya colegirá cualquiera si habrá ó no habrá secuela!

Dí las gracias á mi amigo, en una epístola no larga aunque elocuente, en cuya parte final le hacía de antemano responsable de las costas, daños y perjuicios que preveía serían la consecuencia de su regalo: previniéndole que no pensara en cabalgar aquella máquina infernal, en caso de muerte del que me la pidiera prestada, la curación y los funerales corrían por mi cuenta.

En los primeros días el animalito se condujo con decoro. Cierta es que comía por dos y coceaba por cuatro—que en cada relincho daba el do de pecho, que había desquiciado un pilar, destruido una pared divisoria, desmenuzado las piedras del pavimento, destrozado el techo, roto tres cadenas, devorado tres gamarras, baldado al criado, depachurrado á un gato y, por vía de cena, embaulándose tres levitas, un pantalón y un zapato con hebilla, botones y cintas y todo—y que un día la cocinera le encontró sirviéndose el contenido de una sartén y el asado de una parrilla y por lo fuerte de su aliento, parecía que había apechugado con cebollas, ajos, perejil, achiote, *et tutti cuanti*. Ese era su modo de entender el decoro. Pero á medida que se familiarizó, me fué posible admirar la variedad y extensión de sus talentos. Dió en soltarse y en impedir á la gente de la casa circular por el patio y corredores, tanto de día como de noche. En altas horas de esta, daba serenatas llevando el compás con los cascotes en puertas y ventanas, asoló el jardín, mató á los perros, rompió la vajilla; penetraba en las alcobas é iba á molestar á los que dormían, suministrándoles graciosas y *nítidas* dentelladas—y como por ese tiempo desaparecieron seis almohadas, es de presumirse cuál sería su paradero: el algodón del bombyx—ceiba no es digerible y se observó que su vientre se había dilatado como si se hubiera tragado el bombo de la Banda.

Aquello no podía continuar así á menos de hacerme cómplice voluntario de mi propia ruina.

Llamé á un chalán, le expliqué el caso y le persuadí á que se llevara á *Dankart de Trondheim* (por entonces yo leía los *Nibelungen*) para formarle el corazón y la inteligencia, á tanto el día.

El chalán fue bobo y aceptó y en un mes estaba arruinado. Su casa se había convertido en ruinas—sus muebles en palillos de fósforo—tenía rotas tres costillas, dislocado un brazo, una pierna fracturada y había pasado seis meses panza arriba en el santo hospital.

Me habló de cobrar daños y perjuicios y yo le contesté que *nones*. Litigamos, le gané el pleito. Vendí hasta la camisa para pagar á mi apoderado que engordaba á vista de ojos mientras yo me ponía enjuto como espárrago chupado—pues de un modo ó de otro, lo que produjo el *litis* más mi dinero, fueron á dar á su bolsillo... Quizá partió con el juez.

Pero la mula volvió á mi poder. Converti-

da en arpa, es verdad, pero siempre vivaz y retozona.

Resolví utilizarla á todo trance y... aquí fue troya.

El primer *ensayo* lo confié á la inteligencia y al *savoir faire* del criado—y no estuvo del todo mal.—Fuera de dislocarle la clavícula izquierda y de desarticularle el metacarpo—de medio saltarle un ojo y de pulverizarle el coecix, ninguna novedad ocurrió. Se presentó después un voluntario y sólo sacó el cráneo abollado y el deltoides del brazo derecho lujado.

La mula progresaba en el buen camino.

De prueba en prueba, llegó el día en que pude montarla sin más requisito, que hacer testamento, tener á mano un cirujano inteligente; con árnica por hectólito, tablillas por gruesas y vendas por kilómetros—tener vendada á la alimaña, con las manos atadas con cordeles, etc, etc.

En fin, pude salir triunfante á la calle sin más desperfecto que algunas desolladuras en la piel que cubre mis redondas tibias y un golpe en la sien derecha que me hizo ver á Saturno como con 14 docenas de anillos y tres gruesas de satélites.

Pero este primer paseo merece capítulo aparte.

II

Al hallarse en la calle, *Dankart (von Trondheim)* comenzó por abrirse de remos, separar las orejas, con cuyas puntas señalaba á tierra, procediendo incontinenti á entonar una aria de mucho efecto que un músico, amigo mío, me aseguró era la que corre por esos mundos con la designación de *La cidarem!*—*Darem* contra el suelo, supongo.

El músico *era* mi vecino y *además* muy embustero: no estando por lo tanto el lector obligado á creer su dicho: como tampoco la aserción de que la voz del animal era un *contralto* de mucha sonoridad y extensión. A mí me sonó su esfuerzo (el de la mula; no el del amigo) á rebuzno y—en paz.

Después de rendir culto al arte y de rascarse la cabeza con la pata izquierda, con aire de duda, emprendió el guerrero burguiñón un galope corto y sostenido en dirección del... infinito, es decir, "*sin rumbo fijo, sin torcer el paso*", como el león de la fábula, colándose primero en una tienda de ultramarinos con gran terror de la propietaria que puso el grito en el cielo y pensó morir-se de rabia al ver al matador de Siegfried zamparse con aire resuelto y *digno* una torta que tomó de la cesta en que se ostentaba para tentación de prospectivos compradores. Yo luché por evitar el atentado; pero, rebelde á la rienda y á la espuela, no se apartó del mostrador hasta que terminó su improvisada colación, retirándose después con mucho sosiego.

La víctima, como era regular, se llenó de indignación contra el descendiente de mis antepasados, no obstante haber tratado de conciliarla mediante el traspaso de una peseta falsa, único capital que llevaba encima. Echando sapos y cu-

lebras, alzando al cielo los brazos y soltando un torrente de los vocablos menos eufónicos á la par que más vigorosos del repertorio de los carreteros, formaba una pintura que en nada se parecía á la de Niobe llorando á sus hijos.

Tengo para mí que el bruto reía para sus adentros, pues la expresión de sus ojos grandes, vidriosos y vivaces, era la de la malignidad satisfecha.

Menos mal habría sido si contentándose con su primera hazaña se hubiera conducido en lo sucesivo con la compostura debida; pero envanecida con el éxito, frescas aun las impresiones ultramarinas, arremetió con una botica á paso de carga, antes de que yo pudiera adivinar su falaz intento.

Lo que pasó ahí no sabré decirlo. Ante mis atónitos ojos desfiló, con la rapidez de un relámpago, un ejército de frascos con etiquetas doradas—un número variable de boticarios, de viejas con frascos en las manos: de hombres y mujeres oliendo á diablo, con vendas, chichones, cachirulos, etc. sentados en las banquetas; morteros, jeringas, bragueros, balanzas, vasijas de cosas que olían, de cosas que hedían... de tubos de goma, de *water closets* portátiles, menjergues, ceratos, aceites, resinas... y percibí un estruendo de vidrios que se rompían, de gente cayendo y lanzando berridos, de tacos tremendos... y por encima de todo, el trágico acento del preparador de triaca, reclamando daños y perjuicios. Apenas tuve tiempo de gritar á éste ¡*Páseme la cuenta!*! cuando llevado por aquella fiera de Satanás, desaparecí de la escena y doblé la esquina más inmediata.

Pero desde este momento, cesé de ser dueño de mis acciones—pues excitado el bruto por la libación rápida de un corroborante que preparado para no sé que borracho en el periodo de la reacción, se embauló, salvo yerro ú omisión, con frasco y todo, se hizo, de ingobernable, insolente y en consecuencia, destrozó á su paso dos ó tres carretas, despachurró unos cuantos perros, atropelló á varias gentes sin distinción de sexo, edad ni condición, redujo á virutas la muestra de un barbero é hizo tantas canalladas, que produjo un somatén terrífico. Una turba de muchachos, de adultos y viejos de distintos oficios, aspectos y tallas, me perseguía vociferando y tirando piedras. Yo *capeaba* las pedradas por medio de movimientos rápidos y de tiempo en tiempo repetía: *No tiren! hombres, no tiren!* ¡*pásenme la cuenta!* ¡*pásenme la cuenta!*

A una legua de la ciudad detuvo *Dankart* su desenfrenada carrera y yo aproveché la circunstancia para apearme, poner á aquel en depósito con un granjero y regresar por calles excusadas á mi casa.

EPÍLOGO

SE ofrece en venta una mula de regular alzada y en el vigor de la edad. Es de paso reposado, mansa como una malva—no tiene resabios. Se da al contado ó á plazos, con buena garantía.

SALVADOR J. CARAZO.

A solas

Todo es silencio. La ciudad dormida bajo un cielo de estrellas que fulguran, estrellas que parece que suspiran y que un nombre murmuran.

Y mientras ese nombre lo repiten brillando en el azul los bellos astros, la virgen pensativa espera y gime, porque piensa feliz ver á su lado al "ensueño" de su alma, al trovador, que en cánticos de amores, otro tiempo le hablara de esperanzas y dulces ilusiones.

Oh calma tan funesta del olvido!

Oh flores que abrirán al Sol su cáliz, para morir marchitas y sin brillo!

Oh vírgenes cándidas!

Oh nidos solitarios! Oh tristeza del alma que soñara eterna gloria!

Oh castas azucenas!

¿Qué fué de tu hermosura y de tu aroma?

Ella le espera, y con afán se acerca á la ventana do solía hablarla...

Las lágrimas le ahogan, y su queja va á perderse en la bóveda estrellada, y el tiempo volando

entre quejas, suspiros y sollozos, de la luz se extinguió el último rayo, y tinieblas no más vieron sus ojos.

Entonces una voz grave y profunda, como eco de montaña que revienta oyóse allá á lo lejos, y á la luna cubrió como fantasma nube negra.

¿Qué dijo aquella voz? Nadie lo sabe.

Pero al brillar la aurora, ya los lazos de su amor no existían. Y esa tarde sepultando á la muerta, de sus brazos desprendióse algo informe, algo como un reptil que serpeaba buscando un corazón talvez en donde su veneno infiltrar... Ella soñaba.

MARGARITA

Taracea

Ha salido ya, de las prensas la Tipografía Católica de Santa Tecla, este precioso libro de nuestro queridísimo amigo y talentoso colaborador Salvador J. Carazo.

Contiene: *Primera libación*, *Cazando fiebres*, *Entrevista amistosa*, *Buen negocio*, *Somatén*, y *A rough customer roughly handley*. Trae además tres traducciones: *La puerta de los cien dolores*, de Radyard Kipling; *Al extremo del pasaje*, por el mismo y *El gato azul* de D. Dare.

El Fígaro dirá algo del libro del amigo en uno de los próximos números.

Imprenta Nacional.